

to Felipe, a cargo de Francisco de Rioja, bibliotecario regio [*El libro y el cetro*, Madrid, IHL, 2005]. Unía así el autor, con el estudio del índice alcazarino, dos de sus ámbitos interpretativos más frecuentados: los usos reales de majestad y la cultura libraria en la corte.

La cuestión de los catálogos de bibliotecas a lo largo de los siglos, lo que hoy se llama arqueología de los mismos, ha cobrado renovado interés en los últimos años para analizar la dialéctica entre pieza/catálogo y el estudio de la difusión de información sobre los libros. Un valioso ejemplo son las numerosas contribuciones reunidas en *De l'argile au nuage, une archéologie des catalogues (IIe millénaire a.C.-XXIe siècle)*, Éditions des Cendres, 2015.

La mera lectura del índice de las cuatro partes de que consta *Del escribano a la biblioteca*, que respetan los enunciados de la primera edición, permite reconocer esos marcos nuevos, más vinculados a un contexto de civilización, y que trascienden el éxito que supuso la nueva industria de la imprenta en el consumo de lo escrito. Así, el primer bloque aborda la conciencia lingüística a la hora de escribir, la dicotomía entre lenguas sagradas y vulgares en la transmisión del saber, la diversidad asimétrica en las formas de comunicación altomodernas —oír, ver y escribir— y analiza cómo lo escrito, impreso o manuscrito, se convierte en un canon social de comunicabilidad. Hasta tal punto fue así que, en unas décadas, la proliferación de ediciones en determinadas materias hizo bueno el conocido uso figurado de Saavedra Fajardo en su *República Literaria*: la turba-multa de los libros de Derecho Civil, afirmaba, eran ideales para encender fuego; los de Derecho Penal, para freír pescado, otros lo eran para levantar arcos triunfales y los había perfectos para hacer cohetes o cucuruchos [cfr. *Iuzio de Artes y Ciencias*, Madrid, Iulian de Paredes, 1655, fols. 19-23].

El segundo bloque se centra en los usos diversos de la escritura: cómo la manuscrita tenía unas funciones y la impresa otras, y de la enseñanza de la escritura en el contexto de las *bonae litterae*; el tercero se ocupa del poder altomoderno, personificado en reyes y príncipes, y cómo se servían de la escritura para sus funciones y atribuciones de gobierno, y también como instrumento de propaganda, aparte de las relaciones entre lo sapiencial y la realeza. La última parte considera el libro y su relación con la idea de biblioteca a la luz de los conceptos altomodernos de orden y saber. Ciertamente, la cuestión del «orden de los saberes» fue una preocupación temprana del autor, atestiguada por su texto «La Biblioteca de El Escorial y el orden de los saberes en el siglo XV», incluido en el volumen colectivo *El Escorial: arte, poder y cultura en la corte de Felipe II* [Madrid: UCM, 1989]. La Laurentina era una librería idónea para indagar en este asunto mayor dada la voluntad real de reunir en un único depósito el mejor saber humano tanto en cuestión de letras divinas —evangelistas, padres de la Iglesia, exégetas y comentaristas—, como en humanas.

El texto original de 1992 ha sido enriquecido con diversas referencias, sobre todo documentales, en la nueva versión de este libro. Lo más acrecentado, con diferencia, han sido los textos del apéndice, que han duplicado su número original hasta alcanzar los treinta y seis testimonios, sin duda un bagaje documental que beneficia mucho la percepción del contexto socio-cultural del momento. Si la bibliografía de 1992 recogía numerosas aportaciones previas a esa década —sin olvidar referencias más longevas, como la deliciosa lectura que proporciona González de Amezúa en su *Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro* [Madrid, Instituto de España, 1946]—, la actual incorpora una treintena de páginas organizadas en varias secciones, respaldadas por una nutrida «Adenda bibliográfica» que actualiza lo publicado desde 1992.

El nuevo *Del escribano a la biblioteca* aparece en Akal, editorial a la que desde 1992 precisamente, Bouza ha permanecido vinculado ya sea como asesor o como autor. La colaboración se había iniciado con un ensayo, «Desear el pasado. Contemplar la historia», incluido en la edición del clásico de Burckhardt *La cultura del Renacimiento en Italia*. En 1994 apareció en la editorial su traducción de otro libro esencial: *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, publicado por Elizabeth Eisenstein en 1979. Unos años después, Bouza tendría ocasión de revisar la tesis de Eisenstein y matizarla en las páginas de una de sus más brillantes aportaciones a la historia cultural escrita bajo los Austrias hispanos, *Corre manuscrito* (Madrid, Marcial Pons, 2001). En 1998 se incorporaron dos volúmenes suyos a la editorial Akal, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, nueva edición de la primigenia de Turner, diez años después, e *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*. Otra colaboración con Akal supuso la publicación de *Dásele licencia y privilegio. Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro* (2012), derivada del descubrimiento por parte del autor, del memorial de pedimento de Cervantes para que viera la luz su obra universal, un documento presente en una de las escribanías de cámara del Consejo de Castilla —la de Juan Gallo—, conservado en el Archivo Histórico Nacional.

Del escribano a la biblioteca en su nueva edición no será, sin duda, la última sociedad de la firma del profesor Bouza con Akal. *Corre manuscrito* sería el complemento natural de este título reeditado y ninguno de los dos debiera faltar en la fal-triquera de cualquier interesado en la cultura escrita altomoderna, no solo de la hispana. El cambio de denominación de «historia del libro y de la lectura» por el de «historia de la cultura escrita» tiene una innegable deuda contraída con la labor científica que el profesor Bouza ha llevado a cabo durante más de un cuarto de siglo. Su trabajo ha servido para alumbrar un camino que pasa por vincular, en una exégesis cohesiva, la escritura con la política, la corte, el arte, la propaganda, el comercio, la religión, los ámbitos institucionales y la diversidad general de espacios de comunicación que generó la civilización europea de la emergente modernidad. Y en hacerlo con el apoyo no solo de los testimonios salidos de la imprenta, sino advirtiendo la importancia decisiva y las funciones específicas que la producción manuscrita supo conservar aún bajo el predominio de la letra impresa.

AVISOS 87



Louis Morin, *L'infant prodige*. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF/3144]

ALDUS MANUTIUS

THE GREEK CLASSICS (edited and translated by N. G. Wilson)

HUMANISM AND THE LATIN CLASSICS (edited and translated by John N. Grant)

The I Tatti Renaissance Library, vol. 70, 78, Cambridge-London, Harvard University Press, 2016-2017.

En dos volúmenes compactos, esos *enchiridia*, que recuerdan aquel formato que Aldo Manuzio puso en circulación por primera vez en abril de 1501 para ofrecer a los lectores un Virgilio que les cupiera en una mano, se nos ofrecen ahora, sujetos al nombre de la villa florentina que acoge al Harvard Center for Italian Renaissance Studies, todos los prólogos correspondientes a las ediciones de autores greco-latinos de la antigüedad clásica y a las obras de una decena de humanistas europeos que Aldo publicó entre marzo de 1495 y enero de 1515. La *Grammatica* de Constantino Láscaris y una segunda edición del *De rerum natura* de Lucrecio abren y cierran respectivamente el listado de esta entregada labor editorial producida en Venecia durante dos décadas. Quinientos años después, N. G. Wilson y John N. Grant recuperan para el lector actual, menos familiarizado con el latín que los humanistas contemporáneos de Aldo, lo que Aldo quiso poner al frente de cada una de estas ediciones para que, leídas juntas en una accesible versión en inglés paralela a la latina, —existía ya traducción italiana de Giovanni Orlandi (1975), hoy difícil de encontrar— alcancemos a comprender que los prólogos de aquel editor magnífico constituyen un discurso sostenido en defensa de la literatura clásica y revelan una responsabilidad plenamente consciente por preservarla del modo más respetuoso posible con la redacción original de los textos. Entusiasmo, pues, por rescatar las mejores voces griegas y latinas de la Antigüedad, pero erudición y filología al servicio de la empresa, como Aldo no se cansa de recordar cada vez que presenta una de sus ediciones como la más acabada o la más justa con la herencia textual del autor publicado hasta la fecha: «pues yo he procurado hacer el mayor esfuerzo posible para asegurar que mis textos impresos son, en el peor de los casos, más correctos que los manuscritos».

El hábito de presentar cada una de sus ediciones no fue una ocurrencia casual del editor. Desde la publicación del *Organon* de Aristóteles en 1495, Aldo Manuzio empieza a madurar lo que acabará siendo la expresión de un programa de acogida de estas letras antiguas en las que se combinan hábilmente el patronazgo con el compromiso de poner en manos del lector una sabiduría venerable que no merece quedarse en el olvido:

Yo juzgo como un valor el hecho de acompañar todos los volúmenes que acabemos dando a la imprenta [...] con la protección de un prólogo que sirva como un escudo, e igualmente el hecho de que vayan dedicados a hombres distinguidos bien por su sabiduría o por su condición, cuando no por ambas virtudes, de modo que estos libros lleguen a las manos del público cargados de mayor autoridad [prólogo a Julio Firmico, 1499].

La autoridad alegada halla en los prólogos su mejor aval porque Aldo es explícito en la mención de un grupo de eruditos que han sido responsables de leer y corregir, de afinar el texto con métodos filológicos, de buscar otros testimonios manuscritos que resuelven lecturas dudosas o que recuperan fragmentos ausentes de la tradición textual conocida. Esa aproximación científica a los clásicos con el apoyo de humanistas contemporáneos alcanzó también a las ediciones aldinas de autores griegos. Demetrio Ducas supervisó el volumen dedicado a retórica de 1508 y a los *Moralia* de Plutarco, un año

después; Juan Gregoropoulos fue el editor —en ese sentido especializado que gobierna una edición con criterios filológicos— tanto de Sófocles (1502) como de Eurípides (1503). Pero, sobre todo, Aldo contó con los servicios de Marco Musuro, posiblemente el mejor filólogo griego de su tiempo, que se aplicó a fijar el texto de las ediciones de Aristófanes (1498), el volumen de epistolografía griega (1499), y en el mismo año de 1513, las ediciones de Platón y Alejandro de Afrodísia. En el caso de los autores latinos, Aldo Manuzio recurrió también a los servicios de un grupo de eruditos entre los que destacó la labor de Andrea Navagero en la fijación del texto de Quintiliano y Virgilio (ambos en 1514) y el Lucrecio de 1515, la última edición que completaría nuestro impresor, un «Lucretium pleniorem» que mejoraba el texto que quince años antes había preparado con la ayuda de Girolamo Avanzi. Entre uno y otro, Giovanni Giocondo se ocupó de Plinio (1508), César y Nonnio Marcelo, ambos en 1513, un año especialmente prolífico en la imprenta de Aldo. De todos y cada uno se hace memoria en los prólogos al tiempo que se insiste en que, gracias a esta academia de eruditos en la lengua griega y latina, lo que llega a manos del lector es el mejor texto de un autor clásico que ha circulado hasta la fecha.

Advierte John H. Grant que el prestigio de Aldo Manuzio, aireado como una estrategia comercial por él mismo al fren-

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXV, NÚM. 87 (ENERO - ABRIL, 2019)

te de sus libros, tuvo también alguna consecuencia menos benigna de lo que cabría suponer. Y que fue precisamente el éxito de su propaganda el culpable de un crédito que contribuyó a perpetuar algunas lecturas erróneas que resistieron reimpresión tras reimpresión sin verse rebatidas durante tres siglos de absoluta confianza. Pero es igualmente cierto que, hasta el momento de su publicación, las ediciones de Aldo supusieron siempre una mejora con respecto a las precedentes y su método de fijación textual, pendiente del rescate de nuevos testimonios y sometido a la labor de especialistas, acabó siendo una marca de la casa y extendiendo a su propia competencia la responsabilidad de devolver a los clásicos su «pristinum candorem», un esplendor en el que Aldo llegó a implicarse no pocas veces gracias a su buena formación humanística. Y algo verdaderamente notable: ofreció al lector la posibilidad de ejercer una lectura crítica facilitándole las herramientas para obrar como un auténtico editor que se implica en la fijación del texto:

En esta empresa [emendar ciertos versos de Catulo y reponer otros ausentes en ediciones previas] conté con la ayuda de Girolamo Avanzi de Verona [...] Juntos él y yo, nos aplicamos con la mayor diligencia al mismo fin mientras duró la impresión del libro. De aquellos pasajes marcados con un asterisco hicimos una nueva impresión al final de la obra que incluye variantes, de manera que nuestros lectores más instruidos puedan ejercitar su buen juicio eligiendo la lectura que les parece mejor. [Prólogo a Catulo, Tibulo y Propertio, enero de 1502].

La incorporación activa del lector al texto fue una manera adicional de despertar el interés filológico de los compradores, cuando no una sutil manera de incorporar sensibilidades más o menos apasionadas por las letras clásicas a la ilusión de militar entre un grupo selecto de entendidos en literatura grecolatina. Pero no fue la única estrategia comercial que estos prólogos reunidos permiten apreciar. La innovación en la fundición de tipos que logró Aldo con la ayuda de Francesco da Bologna, más conocido por Francesco Griffó, le permitió apartarse del modelo de letrería mayúscula que, para las ediciones en lengua griega, era de rigor desde que en la década de 1490 Jano Láscaris, desde Florencia, hubiera recurrido a esa solución, inspirada en las inscripciones antiguas. Aldo optó por una grafía que recordaba a la de la escritura de sus contemporáneos, esa cursiva de factura minúscula que hoy seguimos empleando. Y, en consonancia con el tamaño de la nueva fuente, dio con un formato también reducido que cinco siglos después, sigue distinguiendo las colecciones de bolsillo cuyo primer propósito es la lectura –y el transporte cómodo para seguir leyendo en todas partes– frente a intereses menos implicados con la letra, es decir, con el contenido para satisfacer valores preferiblemente comprometidos con la representación. Un hallazgo tan perdurable dejó un recuerdo más bien tímido en el prólogo a las obras de Virgilio, el autor elegido para el ensayo formal en la primavera de 1501. Pero, a diferencia de otros prólogos dirigidos a un particular, Aldo supo prever que el nuevo formato debía ofrecerse a «studiosis omnibus». Eso y no resignarse a ser flor de un día: «Es nuestra intención publicar de ahora en adelante a todos los mejores autores en este mismo formato». Su propósito resultó tan feliz que seguimos leyendo a los clásicos como Aldo quiso que los leyéramos, igual que quien lleva un devocionario entre las manos capaz de hallar acomodo en un bolsillo en horas de holgar.

El rigor filológico que defiende en sus prólogos como una manera de prestigiar el proceso que ha gobernado la edición, el formato manejable de los libros, en octavo, la claridad de su fuente tipográfica a la que pronto le salieron imitadores por toda Europa, la búsqueda de interlocutores concretos para apadrinar sus ediciones –nobles, papas y próceres locales– pero también el reclamo a ese grupo genérico de «studiosi litterarum bonarum» que reclama la atención de la academia y la deseable difusión escolar de los textos, son estrategias comerciales diseminadas por los prólogos. Y a ellas debe sumarse también la marca comercial que distinguió su mercancía, el ancla y el delfín, que son un emblema conscientemente buscado para ilustrar el principio del *Festina lente*: la velocidad del delfín y su energía infatigable, las mismas con las que trabajaba la casa editorial, unidas a la concienzuda tarea, forzosamente lenta, de publicar textos fiables, libres de deturpaciones y erratas.

El conjunto de prólogos escritos por Aldo se completa en los dos volúmenes con sendas secciones de «Appendices», una selección de textos variopintos que abarca desde prefacios, epístolas y advertencias al lector, hasta poemas, epigramas y un elogio de nuestro editor a cargo de Giambattista Egnazio. Todos estos textos guardan relación con el trabajo como impresor de Aldo Manuzio y sirven para completar el panorama editorial desarrollado en Italia en la última década del siglo xv y las dos primeras del xvi. Algunos de estos testimonios ya habían sido publicados por Orlandi en su *Aldo Manuzio editore: dediche, prefazioni, note ai testi* (Milano, Il Polifilo, 1975), pero hay un buen número de ellos que, traducidos al inglés, ven por primera vez la luz.

Más de ciento treinta ediciones de textos griegos, latinos y vernáculos comprende el legado editorial de Aldo Manuzio. Leer los prólogos que compuso para presentar la obra de determinados autores o para difundir diccionarios y gramáticas del griego y del latín, publicados como parte complementaria de un programa cultural que se imponía el conocimiento y la asimilación de la cultura escrita de la antigüedad clásica como un deber que no admitía descuidos ni demoras, nos permite reconstruir tanto los afanes de Aldo por difundir el legado literario grecolatino como el pensamiento renacentista sobre la mejor manera de hacerlo, que fue privilegiando las herramientas filológicas que garantizaban esa diestra aproximación a la cultura clásica. Reflejo de un hombre pero también de una época, la lectura de los prólogos de Aldo Manuzio hace urgente la vindicación del elogio que Giambattista Egnazio dejó escrito a la muerte del editor: «neque enim ulla tam barbara, tam remota gens hodie Europae finibus includitur cui non notissimum Aldi nomen ac celeberrimum fuerit». Confiamos en que la Europa de hoy no merezca la consideración de pueblo bárbaro por haber olvidado el nombre y la labor de Aldo Manuzio. Al menos estos dos volúmenes contribuyen a paliar la posible incuria de olvidar cuánto debemos a quien nos puso entre las manos, por primera vez, todo el peso de los clásicos con la mayor ligereza.

siete ejemplares. Únicamente he podido localizar cuatro que estén aparentemente completos con todas sus páginas (incluida «Enmiendas»): Universitaria de Salamanca, Convento de las Madres en Calahorra, Colegio Agustiniiano de Roma y Estense de Módena. En cuanto a las medidas, las mayores las encontramos en C/119 de las Descalzas Reales (220x153 mm.) y Viena (210x150 mm.), ambos en gran papel y con su encuadernación original; mientras los impresos en papel ordinario oscilan entre los 187 y 206 mm. de altura y entre 126 y 143 mm. el ancho de la hoja, correspondiendo las mayores medidas a Descalzas C/118). Hay que notar que los ejemplares donde hemos observado las medidas mínimas, tienen unos márgenes correctos.

OTRAS REFERENCIAS A EJEMPLARES: En 1623 aparece en el inventario del Conde de Gondomar, bajo el epígrafe de «Historias Sagradas»; Gallardo nos da noticia de un ejemplar completo con hoja de «Enmiendas» que, procedente de la almoneda de don Rafael Floranes Robles y Encinas, que a su vez lo había adquirido en 1783, pasó a la Biblioteca de San Norberto de Valladolid (Premostratenses) y de allí, después de la desamortización, a la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid, donde se hallaba en 7 de enero de 1851 (hoy no aparece); Aparte de esto, en 1839 Vicente Salvá ofreció en Londres una primera parte, en 1936 Barbazán (Cat. 15) ofrece uno completo con «Enmiendas» y Rosenthal otro en 1954 con solo *Camino de perfección*.

En enero de 2018, ha aparecido un ejemplar de la parte I, falto de ¶4, en Subastas El Remate, Madrid; y en la misma sala, en diciembre, se vendió otro con las tres partes y la misma falta, con intrigante inscripción manuscrita al fin del último colofón, «di felice Luchi», que me ha permitido relacionarlo con un ejemplar perteneciente a la Biblioteca Casanatense de Roma de la obra de Bernard de Girard, *Histoire General des Roys de France*, París 1590, que presenta idéntica inscripción al final del volumen.

Para quien quiera profundizar sobre la historia de la edición de *Los Libros de la Madre Teresa de Jesús*, recomendamos los artículos de Tomás Álvarez, «Santa Teresa de Jesús. Primera onda difusora de sus escritos», en *Teresa de Jesús, la prueba de mi verdad*, Biblioteca Nacional, 2015; «Fray Luis de León revisa la edición príncipe de Santa Teresa» (describe la hoja de «Enmiendas» y señala la existencia de dos peculiaridades en la edición: errata de paginación en *La Vida*, 97 por 57, y en la página 70, la inclusión de dos añadidos en tipografía minúscula entre renglones; ambas peculiaridades se dan en todos los ejemplares que hemos cotejado); y, sobre todo, «Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús, el humanista ante la escritora», ambos publicados en su recopilación *Estudios Teresianos I*, Burgos, Monte Carmelo, 1995.

Fernando BOUZA, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*. Madrid, Ediciones Akal, 2018

Hace ya más de un cuarto de siglo, en 1992, apareció la versión primera de esta obra, dentro de la colección de *Historia Universal Moderna* de la Editorial Síntesis. Se trataba de la quinta monografía. Síntesis se constituyó entonces como una editorial de enfoque universitario que pretendía –y conseguía, como es el caso–, ir más allá del manual, abordando realidades acotadas de la Historia Moderna, a cargo de profesores especializados en ellas. La colección conoció el éxito y en poco tiempo se sobrepasaron los veinte volúmenes. El título que nos ocupa en concreto tuvo una especial buena acogida. Para entonces, el profesor Bouza llevaba casi una década ocupándose de las manifestaciones escritas de la historia cultural –a partir de estudios de notables bibliotecas hispanas del xvii como las de Pedro Juan de Lastanosa, Juan de Ovando, o el III marqués de los Vélez–, y fiel a la perspectiva novedosa que siempre ha caracterizado su quehacer, confirmaba una de las tres líneas de producción historiográfica que mejor definen su trayectoria: el Portugal de los Felipes –o los Felipes de Portugal, como gusta subrayar ahora–, la cultura de corte altomoderna y los diversos usos y expresiones de la cultura escrita –leída u oída– en los siglos altomodernos.

Esos tres vectores de interpretación dieron en su momento tres frutos que marcaban una diferencia entre la historiografía anterior y esta concreta aportación suya. Si a partir de su tesis doctoral, *Portugal en la monarquía hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal católico* (1987), se dio inicio a un lusitanismo modernista de nuevo cuño conceptual, en *La corte de Felipe II* (Alianza, 1994), reunió junto a Martínez Millán un conjunto de estudios muy específicos, aportando el suyo, sobre la majestad del monarca y su mito real, que supusieron el comienzo de un período prolífico de aproximaciones a la corte en la edad moderna, todavía fecundo. El análisis de la lectoescritura ofrecido en *Del escribano a la biblioteca* hizo de este libro un título fundamental en 1992 pues la perspectiva impuesta por el eco de la metodología chevalieriana en el primer estudio de *Lectura y lectores en la España del siglo XVI-XVII* (Turner, 1976), se centraba en los inventarios de bibliotecas particulares, una aproximación no precisamente nueva [cfr. Huarte Morton, «Las bibliotecas particulares españolas...», *RABM*, LXI-2 (1955), 555-576] aunque ahora considerada bajo nuevas premisas. El mismo Bouza partió en su momento de este panorama, como indicamos antes. Fuera de España había cambiado el horizonte historiográfico, especialmente en Francia e Italia, y en nuestro país se requerían nuevos enfoques de base documental pero multirreferenciales, más allá de los inventarios y del libro impreso. Los nuevos marcos asentados en Francia a lo largo de los ochenta por Roger Chartier o esos años en Italia por parte de Armando Petrucci, abrieron nuevas ventanas interpretativas.

El nuevo contexto aludido enmarca *Del escribano a la biblioteca*, sin relegar los inventarios e índices, a los que se les siguió prestando atención obvia desde la nueva historia del libro –Pedraza y otros–. El mismo Bouza realizó años adelante una interpretación extensa del *Índice de la librería de la Torre Alta* del Alcázar madrileño (1637), para uso de la librería privada del cuar-

papel con filigrana de mano y estrella en todos sus cuadernos, excepto en ¶ de parte I, sin filigrana visible.

En Descalzas C/119 y frente a los otros dos ejemplares en gran papel, BNE R/16208 y Viena BN 14.T.20, nos encontramos ante un estado previo que determinan ocho variantes y que nos llevan a pensar que el primer pliego de C/119 prác-

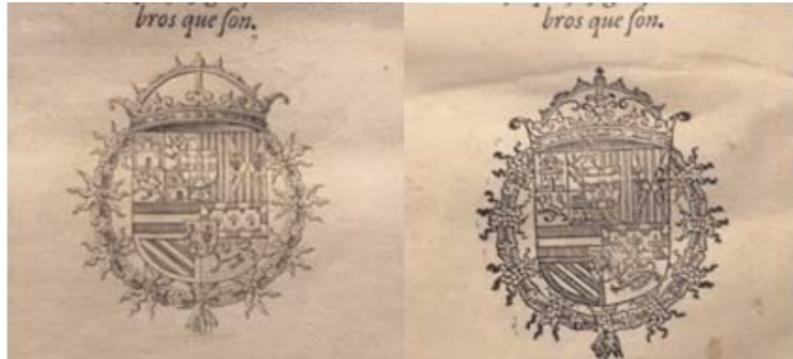


Fig. 6: Descalzas C/119

Resto de ejemplares

ticamente no ha sido revisado. C/119 es anterior al 18 de abril de 1588 dada la ausencia de la «Tassa».

La ausencia del Escudo del Carmelo Descalzo en C/119 nos plantea la duda de si este estado previo se podría considerar una emisión distinta a los otros dos ejemplares. El motivo de la duda estaría en si la Orden de Carmelitas Descalzas representada por su Provincial, al publicarse el ejemplar Descalzas C/119, no hubiera asumido todavía la responsabilidad de la publicación. Para la respuesta a esta duda quedaría pendiente la revisión de 26 de los 37 ejemplares de esta edición que he podido localizar, en busca de un hipotético ejemplar que, con las características de C/119, nos permitiera conocer el contenido de ¶ en este estado. También se confirmaría o descartaría la existencia de más variantes y la posible existencia de ejemplares con las partes II y III en gran papel. Con respecto a esto último la presentación del ejemplar C/116, e incluso la de C/118 con amplísimos márgenes y cortes plateados, nos inducen a pensar que uno de ellos, o incluso ambos, pudieran ser ejemplares de presentación para la Emperatriz, y que del segundo volumen compuesto por las partes II y III, solo se hubieran tirado ejemplares en papel corriente. Por último, consciente de mis limitaciones, dejo pendiente para que lo haga un profesional, el escribir una noticia bibliográfica actualizada de esta edición príncipe de *Los Libros de la Madre Teresa de Jesús*.

Patrimonio Nacional, depositario de los manuscritos autógrafos de Santa Teresa desde que en 1592 Felipe II los reunió en el Monasterio de El Escorial, guarda en la clausura de las Descalzas Reales el ejemplar «príncipe» de «la más preciosa joya que tenemos» en la literatura espiritual española.

En Madrid, en la Octava de Pascua de 2019, in sólido con mi mujer Teresa, dedico estos apuntes al Convento de San José de Ávila: lugar donde se fraguaron y escribieron estos *Libros*, donde se conserva el arca que guardó sus originales y donde hoy vive el espíritu de Teresa, en sus hijas y hermanas de comunidad.

CENSO DE EJEMPLARES LOCALIZADOS (con * los cotejados por mí, A o B emisión, I-III partes). En España: Ávila, Pública Dep. 2396* B I-III (ex Desamortización, ex Conv. Premostratense de Santo Espíritu de Ávila y ex «Da livraria da caza do Espírito Santo de Lisboa») y PA 3/344-6* B I-III (ex Marqués de Piedras Albas, en red); Ávila, Museo Santa Teresa, I-III B (parece ser depósito de las Carmelitas Descalzas de Palencia, fundación teresiana); Benicasim, Fund. Desierto de las Palmas OCD I-III; Burgos, Archivo Silveriano OCD R-16 I-III (ex «Era de nra. Me. Cecilia del Nacimiento y después de...») y R-17 B I-III; Cabrerizos, Mon. de San José (es la fundación teresiana de Salamanca que se trasladó); Calahorra, Madres Carmelitas I-III; Girona, Pública, A/2160 B I-III; Madrid, BNE R/16208* A I y R/14241* B I-III (ex Fernando José Velasco, ex Marqués de la Romana; ambos en red); Madrid, particular del autor* B (ex Subastas el Remate dic. 2018); Medina del Campo, Mon. de San José, 124, B I-III; Montserrat, Abadía s. XVI 2552 I-III y D. Imp. XVI I-III (2 ej.); Salamanca, Universitaria, BG/33668* B I-III (en red); Santander, Menéndez y Pelayo, 277 I-III (ex jesuitas, «Da Caza de Provação de Lisboa»); Santiago de Compostela, Bibl. Provincial Franciscanos 14-10-31 I-III y Bibl. de Galicia, XVI.9; Valencia, Bibl. Valenciana, XVI 432 I-III (ex Mayans). Fuera de España: Brescia, Padres Carmelitas Descalzos, 51-6-2 I-III; Cagliari, Bibl. Comunale Generale, D.B. 4 20 I-III; Cambridge Univ. (UK), Trinity College, Sraffa 2844-5 I-III (enc. en dos vols.); Catania, Bibl. Regionale Univ. 8/D/61.1; Génova, Bibl. Santa Ana OCD; Kansas University; Módena, Estense A3.I.52/53 (ex «Collegii Mutinensis societatis Jesu»); Roma, Agustinianum L41.28 I-III; Roma, Teresianum; Turín, Bibl. Nacional Universitaria C.V.224 II-III; Viena, Bibl. Nacional, 14.T.20* I (en red); Washington, Georgetown Univ., 03VA1 I-III. Además, aparecen dos ejemplares citados en CCPB «sin permiso de divulgación», uno en Castilla la Mancha y otro en Castilla y León. Se ha descartado un ejemplar en la Municipal de Rouen, que en el catálogo CCFR aparece como 1589. En CCPB se descarta un falso ejemplar en Pública de Ávila con signatura PA 2/1538, se trata de un facsímil.

De los 36 ejemplares localizados, tres solo contienen la parte I (*La Vida*) y otros tres solo las partes II y III (*Camino de Perfección* y *Castillo interior*). Al menos 12, conservan la hoja ¶ con la dedicatoria a la Emperatriz María de Austria y el grabado calcográfico con el retrato de la Madre Teresa en el verso. Una hoja suelta de «Enmiendas», o erratas, se halla en tan solo

LOS LIBROS DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

APUNTES SOBRE EL PRIMER EJEMPLAR IMPRESO DE LA EDICIÓN PRÍNCIPE

Luis Crespi de Valldaura

«Yo te daré Libro de Vida». Con estas palabras Teresa quedaba consolada de haber visto arder la mayor parte de sus lecturas, cuando, en 1559, el Índice de Valdés hizo prender tanto libro bueno al lado de algunos malos. Quedaba consolada Teresa y quedó consolada la literatura espiritual de todos los tiempos ante un «Libro de Vida» que, cuatrocientos cincuenta y un años después de su publicación, sigue dando tanta luz. *Los Libros de la Madre Teresa de Jesús* son algo más que una obra maestra de la literatura española; son algo más que uno de los autorretratos más geniales de la historia.

Hace unos meses inicié, por casualidad, una pequeña investigación sobre los ejemplares conservados de la primera edición de *Los Libros de la Madre Teresa de Jesús* que, a cargo del maestro agustino Fray Luis de León, se había llevado a cabo en las prensas de Guillermo Foquel en torno al mes de abril de 1588.

En mis pesquisas por un maremágnum de repertorios bibliográficos, muy pronto topé con una noticia en red que me sorprendió: la Biblioteca de las Descalzas Reales disponía, nada menos, que de cuatro ejemplares de esta edición príncipe que nunca habían sido citados por ningún bibliógrafo.

Gracias al catálogo en línea de la Real Biblioteca es posible conocer los fondos conservados en los patronatos reales (Descalzas, Encarnación, Huelgas de Burgos y el Monasterio de Tordesillas). El nivel de las descripciones tanto bibliográficas como de ejemplar revela un trabajo excepcional de catalogación que compite, y siempre ganando, con las mejores instituciones bibliográficas del mundo.

Los cuatro ejemplares conservados en las Descalzas, todos ellos en su encuadernación original, suponen un testimonio precioso para el estudio de esta edición y nos permitirán acercarnos a una noticia más precisa de la misma. Sobre el proceso de la edición príncipe de Santa Teresa y el eminente papel de Fray Luis de León en ella, ya ha publicado magníficos artículos el recientemente fallecido Padre Carmelita, D. Tomás Álvarez. En estos apuntes me limitaré a señalar la existencia de importantes variantes en el primer cuaderno ¶ de *Los Libros de la Madre Teresa de Jesús*, y a determinar las razones que me mueven a pensar que uno de los conservados en Descalzas, el C/119, es probablemente el primero que salió de las prensas de Guillermo Foquel, el ejemplar de la Emperatriz María de Austria. Pasamos a la descripción de los cuatro ejemplares:

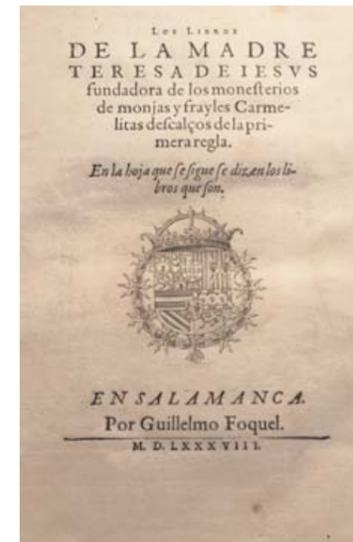


Fig. 1: Ejemplar del Monasterio de las Descalzas Reales C/119

DESCALZAS REALES C/116. Ejemplar con las partes II y III. Alterado el orden de los libros, acaba con *Camino de perfección*. Las páginas 5-12 de *Camino de Perfección* alteradas: 9-12 antes que 5-8. Medidas del papel: 195 x 143 mm. Filigrana de mano y Estrella, distancia de corondeles 25 mm. Encuadernación original en becerro oscuro con decoración dorada en planos formando composición central y marcos fileteados en oro y seco; cortes dorados y cincelados. Lomo con cuatro nervios enmarcados con dos paletas doradas. Guardas blancas originales, arrancadas las anteriores, dejando ver hoja de libro impresa que se ha utilizado como cartón. Esta hoja, con signatura G⁵, ha podido ser localizada en una edición complutense de 1567 correspondiente a una obra de Gaspar Cardillo de Villalpando [Martín Abad, *La Imprenta en Alcalá*, núm 673]. Resto de inscripción de propietario; en contratapa anterior, en lo que queda de la guarda pegada a la contratapa, podemos leer el resto de una inscripción antigua: «En u[so]...».

DESCALZAS REALES C/117. Ejemplar con partes II y III, con hoja de «Enmiendas» encuadernada al fin. Encuadernación en pergamino de época, flexible, arrugado y con restos de correíllas de cuero. Guardas blancas originales. De la guarda anterior a la portada ha sido arrancada una esquina con la inscripción de propietario dejando leer solamente «en uso de soro[r]...». Papel con filigrana de mano y estrella, distancia entre corondeles 25 mm. Medidas: 198 x 140 mm. Este ejemplar conserva entre sus páginas dos curiosas estampas. En la página 145 de *Castillo interior* se ha preservado una pequeña calcografía del siglo XVI de Salvatore Mundi, con la efigie de Cristo de perfil; y en la página 175 una carátula con inscripción manuscrita «Sta. Cathalina de Bononia virgen».

DESCALZAS REALES C/118. Ejemplar completo de las tres partes en un volumen, con retrato calcográfico de la Santa, pero sin hoja de «Enmiendas». Encuadernación en pergamino flexible con restos de correíllas de cuero, recosido antiguo en lomo por rotura. Cortes plateados (oscurecidos). Guardas originales. Restos de manuscrito sobre pergamino utilizados como refuerzo interno en el lomo. Papel con filigrana de mano con estrella (a excepción del primer cuaderno en un papel de superior gramaje sin filigrana visible); distancia entre corondeles 25 mm. Medidas: 206 x 140 mm. Inscripción manuscrita en guarda: «Hen huso de sor Esperanza de la Madre de Dios». Sabemos por el *Libro de exploraciones de las Descalzas*, que su nombre era Esperanza de Ansa, hija de Marcelo de Ansa y Ana Talavera. Ingresó con 22 años el 23 de septiembre de 1605.

Con estos tres ejemplares se puede reconstruir una descripción completa (*ideal copy*) del estado de emisión definitivo de esta edición, al contar con la rarísima hoja de «Enmiendas» en C/117 y un ejemplar completo en C/118. Como certificación de procedencia coincidente en los tres ejemplares, encontramos la expresión común manuscrita en guardas, «En uso de», que parece indicarnos la permanencia de los mismos en la Biblioteca de las Descalzas, al menos desde principios del siglo XVII. A continuación, describimos el ejemplar más singular de los que hemos localizado en las diferentes bibliotecas, que permiti-

rá en el futuro una noticia bibliográfica más precisa de esta primera edición de las obras de Santa Teresa:

DESCALZAS REALES C/119. Ejemplar con solo el primer volumen (*La Vida*), múmero de ¶4 (dedicatoria a la Emperatriz y retrato de la Madre Teresa de Jesús). Encuadernación en pergamino flexible con abrazaderas de cordel que se cierran en cuentas de vidrio encarnadas (una perdida). Cortes dorados. Guardas blancas originales. Sin inscripciones ni anotaciones antiguas. Impresión en gran papel sin filigrana visible, con 7-8 corondeles a 30 mm. Medidas: 220 x 153 mm.

En las tres hojas conservadas en el primer cuaderno ¶ de este extraordinario ejemplar, nos encontramos con nueve variantes, ocho de las cuales afectan a todos los demás ejemplares cotejados; comenzamos por estas ocho.

La primera la hallamos en la composición de la primera línea del título en la portada, que en Descalzas C/119 está con mayúsculas en dos tamaños, o versales, «LOS LIBROS» y en los demás ejemplares cotejados aparece «LOS LIBROS».



Fig. 2: Portada, Descalzas C/119

Resto de ejemplares

En recto de ¶2 observamos cuatro importantes variantes: se han recompuesto los dos primeros renglones para desglosar «llamamiento» que en C/119 aparece abreviado; se ha cambiado la «M» de Moradas por «M» en el sexto renglón, acorde con el uso de cursiva en toda la página; se desplaza hacia abajo la signatura y se ha añadido el escudo xilográfico de los Carmelitas Descalzos. Esta variante nos lleva dudar si considerar este ejemplar como distinta emisión frente a todos los otros ejemplares, pues podría indicar voluntariedad en el cambio, ya que el escudo hace las veces de un sello que pone la Orden respaldando la edición. Este escudo está relacionado con la tan breve como efectiva dedicatoria «A la Emperatriz», en la que, escondido bajo el escudo título «El Provincial», el Padre Andrea Doria firma en fecha tan tardía como un 10 de abril de 1588, tan solo dieciocho días antes de la fecha de la Tassa. Conociendo los avatares que pasó la reforma carmelita entre 1588 y 1592, no sería extraño que la inclusión de este sello carmelitano fuese la máxima dificultad en el proceso de publicación de las obras de Santa Teresa. Sin duda, era del todo conveniente que apareciese; y aunque legalmente no presentaba mayor problema, pues la Madre Teresa después de la muerte no estaba sujeta a obediencia, y además, precisamente un fraile agustino y no carmelita se había ocupado de la edición y de la censura, es seguro que tanto las Madres Carmelitas como el intrépido Fray Luis de León y la misma Corona, implicada en todo el proceso de la descalcez, desearan, trabajaran y esperaran, hasta conseguir el apoyo explícito del Provincial de los Carmelitas Descalzos. La ausencia de la hoja ¶4 en nuestro ejemplar nos impide corroborar si este ejemplar se entregó antes o después de la dedicatoria «A la Emperatriz» del 10 de abril.

En ¶2 verso observamos otra variante al haberse corregido un espacio descompensado entre la «E» y la «N» de «CENSURA».

En ¶3 recto aparece la única corrección de errata del cuaderno en el cuarto renglón: «quan puesto le hallan» queda corregido en los demás ejemplares «quan presto le hallan».

En ¶3 verso aparece la «Suma de priuilegio» pero falta la Tassa que ocupa la mitad inferior en los demás ejemplares. Esta variante de impresión nos habla claramente de un ejemplar que salió de la imprenta antes de finalizado el proceso para la

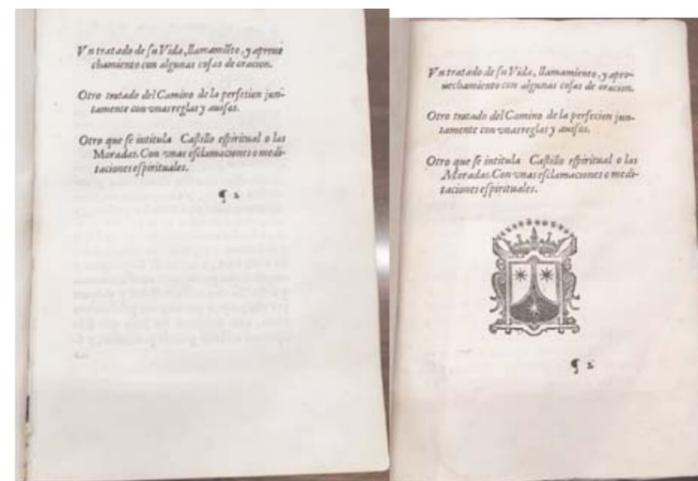


Fig. 3: Folio ¶2r Descalzas C/119

Resto de ejemplares

publicación. La fecha de la tasa de «veinte y ocho días del mes de Abril, de mil y quinientos y ochenta y ocho años», aparece como frontera segura que separa la publicación del ejemplar C/119 de Descalzas y todos los demás ejemplares conocidos.

Por último, referimos una variante que llama la atención en la portada; se trata del delicado Escudo Real calcográfico que

la preside, tirado en tinta sepia. Por la frescura del tiraje y no haberlo localizado en ninguna edición salmantina anterior a ésta, es muy posible que se estrenase en esta edición. Este escudo calcográfico únicamente aparece en otros dos ejemplares que hemos podido examinar: Biblioteca Nacional de Austria en Viena (14.T.20) y Biblioteca Nacional de Madrid (R/16208). Todos los demás ejemplares que hemos visto presentan un escudo con similar diseño, pero xilográfico. Viena y BNE R/16208, al igual que Descalzas C/119 son ejemplares con solo la parte I (*La Vida* y [*Relación de algunas mercedes*]), en gran



Fig. 4: Folio ¶2 v. Descalzas C/119

Resto de ejemplares

papel, carente de filigrana. El ejemplar de Viena posee, encuadernada entre los folios ¶3 y ¶4, la rara hoja de enmiendas, y se conserva en un precioso pergamino original con las armas reales doradas en las cubiertas. No es difícil conjeturar que el ejemplar de Viena fuera regalado al Emperador Rodolfo II por su madre María de Austria. Viena y BNE R/16208, en todos los demás detalles, ya pertenecen al estado definitivo.

En el catálogo de Lorenzo Ruiz Fidalgo, *La Imprenta en Salamanca (1501-1600)*, en la entrada núm. 1260, nos encontramos con un caso análogo al nuestro, es decir, dos emisiones en el primer cuaderno de una obra de Fray Diego de Tapia Aldana, impresa por Cornelio Bonardo en 1588, ambos con escudo Real: el ejemplar BNE R/30563, en gran papel, con grabado calcográfico del Escudo Real, firmado con el anagrama del grabador romano Cherubino Alberti; se trata además de un ejem-

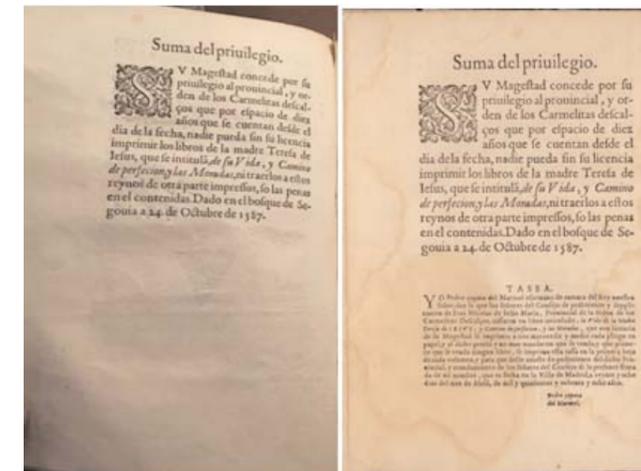


Fig. 5: Folio ¶3v. Descalzas C/119

Resto de ejemplares

plar antes de tasa y erratas, procedente de la Biblioteca Real. En cambio, BNE R/30388, impreso en papel corriente y con erratas y tasa en el folio *8 vuelto, lleva un escudo xilográfico en portada. Lo cual nos habla de dos emisiones distintas de portada, una para la colección real con escudo calcográfico y otra para los ejemplares corrientes con el xilográfico.

Para poder encuadrar bien el interés que revisten las dos estampas calcográficas que adornan esta edición, se echa de menos un estudio sobre el uso de grabados calcográficos en las impresiones españolas en el siglo XVI; pienso que destacarían las salmantinas, en las cuales hemos podido localizar su uso en dieciocho ediciones entre 1584 y 1588, frente a apariciones esporádicas entre las mismas fechas en otras imprentas como Alcalá [Martín Abad, núm. 1015, en 1588] y Burgos [Fernández Valladares, núm. 680, en 1587]. Sabemos que algunos de los grabados calcográficos utilizados en estas ediciones fueron importados, pero conviene tener en cuenta que en esos años se estableció en España el célebre grabador Pedro Perret, al que se ha considerado siempre como el introductor de la técnica calcográfica en la imprenta española.

Concluyo señalando que el ejemplar C/119 de Descalzas Reales es el más precioso de todos los que hemos visto, el primero en ser impreso —en lo que respecta a su primer cuaderno al menos—, el de mayor tamaño y con un papel más impoluto; sus cortes dorados contrastan con una sencillísima encuadernación en pergamino flexible. Muy probablemente se trata de un ejemplar salido con precipitación de las prensas de Foquel para ser entregado a la patrona de la edición, la Emperatriz María, hermana de Felipe II, «primera dama» del Reino, que vive como una monja descalza en el Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid desde 1580.

Dos emisiones de esta edición quedan claramente diferenciadas: **A** representada por Descalzas C/119, BNE R/16208 y Viena BN 14.T.20, los tres solo con parte I, emitidos en gran papel sin filigrana visible, con diferencia en portada de Escudo Real calcográfico; frente a **B** ejemplarizada en Descalzas C/118, BNE R/14241 y otros, con Escudo Real xilográfico sobre